

JESUS ALBARRACIN: «SOLO UNA POLITICA DE RESISTENCIA FRENARA LAS AGRESIONES DEL CAPITAL»

Desde el marxismo revolucionario, el economista Jesús Albarracín nos acerca a una acción política de izquierda para alcanzar la sociedad autogestionaria. Lejos de cualquier dogmatismo, Albarracín, dirigente de la Liga Comunista Revolucionaria, aborda algunas de las pautas controvertidas en el debate sobre la Revolución y sus posibilidades de arraigo en Europa. El reformismo, la violencia, el contrapoder popular se entrecruzan en el camino hacia el socialismo.

Por Emilio Andreu

—*Le sobra a Europa la Revolución?*

—Como socialista revolucionario no puedo abjurar de un proyecto de destrucción del Estado burgués. No eludo la enorme dificultad que esto conlleva en Occidente porque el Estado democrático parlamentario, que es un Estado burgués capitalista e industrial, no ha sido derribado nunca por una revolución socialista. Las revoluciones que han triunfado han derribado Estados que no eran democráticos ni tampoco parlamentarios, eran dictaduras como la zarista, la de Somoza, la de Batista... Ahora bien, una de las características fundamentales para que sea posible la revolución socialista es la abundancia, por ello no podemos soslayar que, precisamente en

Europa, esta Europa democrática y parlamentaria, es el lugar donde más claramente es posible el socialismo. No habría ningún riesgo de hambruna. La gran potencia económica de la Europa capitalista puesta al servicio de la humanidad sería una explosión sin precedentes.

—*Me resulta muy optimista...*

—¡Claro! En Europa, en una sociedad opulenta, los mecanismos de integración son más sutiles, más complicados, y por eso es más difícil conseguir el nivel de conciencia suficiente para derribar el sistema capitalista. Pero cuando se produce una crisis revolucionaria, como la de mayo del 68, tiene tal envergadura que tiembla la humanidad.



—¿No le parece demasiado alcance?

—No. Resulta que esa crisis revolucionaria, si triunfa, si hará posible el socialismo porque existen las condiciones materiales que la hacen realidad. Esto es lo más importante, nunca hemos derribado un Estado burgués pero hemos visto que puede ocurrir. Lo que sucede es que resulta más difícil porque es más posible.

—El Estado burgués no se dejará arrebatado tan fácilmente el Poder.

—Cuando más posible es, más claro tendrá la clase dominante que su obligación es la de dificultar ese proceso revolucionario y por esta razón estamos en presencia de un Estado Parlamentario democrático muy fuerte. Fuerte porque a su alrededor tiene mucho consenso social. La gente tiene lavado el cerebro respecto a cómo mantener ese Estado de democracia representativa, ese sistema capitalista. Están convencidos de su dominio y estabilidad porque aun cuando consiguiéramos romper ese consenso social, todavía les quedaría para impedirlo la coerción, el enorme aparato represor del Estado, el Ejército, la Policía.

—Tal vez no necesitemos remontarnos a unos hechos ocurridos hace veinte años. Ahí tenemos el 14-D.

—Exacto. Le pondré un ejemplo. Durante el 14-D, el señor Escámez tuvo que viajar hasta Alicante por la muerte de su madre. Alquiló un avión y como sabía que había una huelga, pidió permiso al comité de huelga para poder despegar, permiso que se le concedió. Y es que una huelga general es más importante de lo que parece. Una huelga general es el único día en el que los oprimidos de un país dicen que no

van a ser explotados, son dueños de su fuerza de trabajo; y un capitalista tan viejo e inteligente como Escámez sabe que efectivamente ese día, sólo por 24 horas y de forma muy moderada, hay un pequeño doble poder organizado en piquetes que impone la legalidad de los oprimidos.

—Hoy, sin embargo, la legalidad emana de otras fuentes. ¿Qué lección se ha podido aprender en estos doce años de democracia en España?

—Que nos equivocamos al creer que al derribar el franquismo iba a empezar la construcción del socialismo. Hemos aprendido también que el enemigo que tenemos que derribar es un enemigo poderosísimo. Que la tarea es muy grande y exige mucha paciencia. Doce años después del fin de la dictadura toda la izquierda revolucionaria —en LCR no somos los únicos, por supuesto—, es más realista; se hace menos ilusiones de que las cosas puedan cambiar de hoy para mañana. Pese a ello, sin duda alguna, quedan atisbos de esperanza el 14-D, la campaña contra el referéndum sobre la OTAN que perdimos...

—... y que supuso el afianzamiento de la teoría y práctica de la socialdemocracia así como la obertura del sonsonete de esa autoproclamada bonanza económica. Desde su perspectiva de economista, ¿cuál es su diagnóstico del caso español?

—Hoy estamos en una situación en la que hay una crisis económica y una estrategia del capitalismo mundial para salir de ella; quieren perpetuar los mecanismos de opresión actual. Estoy convencido de que el capitalismo se mueve a través de



ondas de larga duración, en un movimiento cíclico cada cincuenta años de los que ya ha sufrido cuatro. Todas ellas tiene explicación. No son mecánicas ya que dependen de la lucha de clases, de la correlación de fuerzas.

—¿En qué punto del ciclo nos encontramos ahora?

—Lo que se inició a partir del comienzo de la década de los años setenta fue una onda de larga duración recesiva, de crisis. Ahora, desde 1983, en la era Reagan, hemos vivido una recuperación que está llegando a sus momentos finales. Estamos, a muy corto plazo —un par de años, tal vez—, pero, antes del 92, ante una nueva recesión que al tiempo de poner en crisis el capitalismo exigirá agresiones más duras por parte del capital. De forma que —yo estimo— a esto es a lo que debemos estar preparados porque se acercan momentos duros en los que cuanto más violentas sean las agresiones más colocarán al orden del día la construcción del socialismo y más lo harán posible. Hay que tener en cuenta también que después de dieciséis años de crisis económica la política ésa de austeridad famosa, como se ve, nadie se la cree ya. Afortunadamente.

—Ante esta coyuntura, ¿qué estrategia proponen ustedes como organización revolucionaria?

—Poniendo en pie una política que nosotros en la LCR denominamos política de resistencia. Es decir, los oprimidos terminan tomando el poder resistiéndose a sus opresores. Una política de resistencia que señale cuáles son los eslabones de esa oposición en todos los aspectos de la vida. Por ejemplo, el aspecto sin-

dical en la defensa del empleo, en la no pérdida de puestos de trabajo, el seguro obligatorio de desempleo para todos... Esto es. Establecer cuáles son las condiciones para resistir a los opresores y al mismo tiempo crear los elementos de acción que apunten hacia el mundo futuro, hacia una transición al socialismo sin escorias.

—Sin embargo, ¿el reformismo no habrá liquidado la Revolución?

—Por desgracia, vivimos en un mundo en el cual los llamados reformistas son mayoría, gente que se apoya en el hecho de que las masas, los oprimidos, quieren mejorar sus condiciones materiales —y eso no está mal—. De hecho, los partidos hegemónicos de la izquierda lo que impiden con su palabrería es el avance hacia el socialismo final y se dedican a reformar el mundo presente. En esta tesitura, la vanguardia, todos los que se sienten vanguardia, tienen que unirse para tomar iniciativas. Desde esta perspectiva, la tarea principal para transformar el mundo de hoy pasa por crear movimientos; por poner en pie la sociedad, articular todo ese tejido social justamente para que luche contra todas las facetas de la opresión: desde el machismo hasta la destrucción de la Naturaleza pasando por la militarización de la sociedad y el problema de la guerra.

—Esta política de resistencia a la que alude, ¿no puede desembocar en un uso de la violencia?

—Al final de esta política de resistencia —con la transformación del doble poder, mencionado anteriormente, en un poder único de los oprimidos— se encuentra la insurrección. Por tanto, no hay manera



de ahorrarse la violencia porque si hay una posición ética ante ésta también existe otra política. A lo largo de la Historia, la violencia de los opresores ha sido tremenda. Y, sobre todo, es lo que Gramsci decía de la coerción y el consenso. El capitalismo se mantiene porque todos estamos convencidos de que la propiedad privada hay que respetarla. Cuando esto se ponga en cuestión hay que ser conscientes de que ellos tendrán el aparato coercitivo para obligar a la gente a que vuelva al cauce. Siempre estará el problema de que, cuando hagas la revolución aquí, mientras no la hagas mundial, tendrás a los yanquis con sus marines a la puerta.

—*Sus palabras entrañan una cierta justificación de la violencia.*

—No, no, yo no la justifico. Lo que sucede es que a la postre existe.

En el límite, las tensiones sociales no se pueden evitar; el que las ignore no comprende la sociedad. Donde existan oprimidos habrá violencia porque la desesperación llevará a una parte de esa población a levantarse violentamente contra sus opresores. La violencia revolucionaria es violencia de masas, de autodefensa, y esto es lo que cada cual debe tener claro. Es verdad que cuanto más fuerte seamos menos violencia hará falta pero no se puede descartar y no sería conveniente. Educar a la gente en eso significaría dejar a los oprimidos a merced de sus opresores. Hay que decir a la gente que el mundo no es encantador, que los sistemas políticos han cambiado, pero desgraciadamente han sido transformados con traumas. Los opresores en todas las épocas históricas se han negado a perder sus privilegios.

EL CIERVO

REVISTA MENSUAL DE PENSAMIENTO Y CULTURA

Redacción y Administración: C/ Calvet 56
08021 Barcelona - Tel.: 200 51 45